

27 OCT 1991

CIUDADANO

Página 7

TEATRO

Dirige:
YAMABE

OBSCURO OBSESIVO

Obra: "Eu Rumor".

Autor: Boris Vian.

Traducción: Ida Vitale.

Asist. direc.: René Duarte.

Ambientación: Alicia Behrens.

Elenco: Teatro Circular de Montevideo.

Dirección: Pablo de Bejar.

Escenografía: Humberto Tomeo.

Luces: Antonio Larreta.

Sala: Teatro Circular de Montevideo.

Conjuntamente con Ionesco, Becket, Adamov, Boris Vian integra, legítimamente, la tan publicitada "Escuela de aris", un movimiento que en la década pasada fue vanguardia, y que hoy ha conquistado adeptos más allá de las fronteras francesas. (En Montevideo ya conocimos la famosa "The Zoo Story" del americano Edward Albee en versión de un elenco en gira del "Actor's Studio", otros revolucionarios con fama).

A primera vista la pieza apasiona y subyuga. Lo que es difícil comprender una vez que el impacto comienza a desaparecer, es la razón de ese subyugamiento. Como en casi todo lo que ha surgido de las plumas de la inquieta escuela francesa, "El Rumor" es una pieza oscura y obsesiva. Resulta difícil descifrar ese mensaje minuciosamente construido con miras de gran transcendencia. Las posibles interpretaciones pueden llegar a multiplicarse hasta el infinito, lo que debe haber dejado encantado al hoy desaparecido autor.

Si algo puede extrañarse de esa exacerbada simbología que Vian resolvió legar al mundo, es una visión amarga, triste, desilusionante, de una realidad persistentemente vista a través de unas gafas negras. La soledad, la incompreensión, y la incomunicación del ser humano dominan por completo un panorama obsesivo y violento. Pero los símbolos se suceden y se entrecruzan con tanta exhuberancia, que la razón termina por dar paso a la emoción, ahogando los esfuerzos del espectador más esmerado por seguir la trama y descifrarla con un mínimo de lucidez. Por fin el sen-

timiento se ve sacudido, hasta conmovido, mientras el intelecto prefiere no ahondar demasiado en un laberinto en el que peligra sucumbir. Pero por encima de la posible ideología y los violentos y negros tintes de la pieza, importa su planteamiento, seguro y expresivo, la increíble progresión dramática de su trama, ese diálogo ágil y recurrente en sus rebuscamientos y en sus toques paródicos, esa eficaz narrativa en fin, que hace que el drama prenda en el espectador y termine por interesarlo, comprometiéndolo más allá de sus símbolos y su oscura dialéctica.

Pablo de Bejar dirigió el espectáculo con una confianza a priori en la efectividad del texto. Sin forzar el impacto y la rebuscada simbología de la trama, el director impuso el espectáculo en un meditado tono naturalista, dando entrada apenas a esas violentas salidas de tono tan meticulosamente controladas por Vian. El elenco le respondió con pareja entrega, con una buena creación de Walter Reyno. El actor es indistintamente joven para acometer a su madura protagonista pero en cierta medida logró obviar la carencia de adecuación física, con una composición riglada al detalle. En la culminación de la pieza no logró estar a la altura del compromiso (haría falta un actor de exquisita matización para salvar el escollo) pero puso convencimiento y sentimiento al servicio de ese agotador monólogo que es el acto tercero. Gloria Levy, segura y mesurada, y María Vera, transmitiendo "ángel" a su composición, se destacaron en un elenco sumamente parejo.

TRIUNFO DE UN DIRECTOR

Obra: "La Gaviota".

Autor: Anton Chejov.

Versión castellana: A. Larreta y B. Galli.

Escenografía: Hugo Mazza.

Realizac. escenogr.: Taller "La Grilla".

Elenco: Teatro de la Ciudad de Montevideo.

Dirección: Antonio Larreta.

Ayud. direc.: Bernardo Galli.

Vestuario: Guma Zorrilla.

Sala: Teatro Odeón.

—A un año justo de su fundación el Teatro de la Ciudad de Montevideo, afrontó el compromiso más serio de su corta trayectoria. Nada más adecuado para probar la verdadera solvencia de un elenco reconocidamente competente, que este inspirado aguafuerte de uno de los autores más importantes del teatro universal. Dentro de la producción de Chejov, "La Gaviota" ocupa un representativo lugar. Como en casi todo su teatro es poco lo que en ella ocurre: El drama no depende del acontecer escénico, sino que se instala, crece y se justifica de sus personajes. Pero no por ello su teatro se desvanece en la mera pintura de caracteres. Chejov se las arregla para que la trama, esa sutil e impenetrable trama de los textos chejovianos, progrese dramáticamente, valorizándose, ganando en sutileza y fuerza expresiva, estallando calladamente bajo mil velos de pura poesía, pero con tanta fuerza como en el más violento de los dramas. El teatro de Chejov es un teatro hecho de pausas y de silencios, unos silencios sobre los que descansa toda la intensidad de la tragedia. Es un teatro estático, pero que lleva inserto en su misma inmovilidad todo el drama y toda la comedia de las relaciones humanas. Sus criaturas hablan y se mueven con toda la sencillez y toda la naturalidad de la vida cotidiana. El milagro está en cómo Chejov supo dotar de estatura trágica a ese reducido mundo de lo vulgar. Y en cómo supo además poetizar, serena, magistralmente, esa su naturalista visión de lo cotidiano.

—Preservar al mismo tiempo la naturalidad y la fuerza expresiva de un texto estático, pero desbordante en sus efectos y en sus atenuados estallidos, es una tarea difícil y comprometida. Pero la dirección de Antonio Larreta, trabajando en profundidad a un elenco de pareja competencia, logró salvaguardar el verdadero tono del espectáculo, consiguiendo de la mayoría de sus dirigidos una entrega y una sugerencia de composición de gran efecto dramático. Quizás su preocupación por conservar todas las sutilezas de

un texto tentadoramente hermoso, arrastró a su versión a un exceso de pausas que hicieron que ciertas escenas fueran más lentas que sugestivas. Pero en general recreó competentemente ese poético mundo chejoviano, lleno de ensueño y frustración, llegando aún a la brillantez cuando su minuciosidad en el estudio del tono, del clima, de la atmósfera de sus cuadros finiseculares, conquistó una elocuencia de ineludible impacto. Su más notoria debilidad en el tono del espectáculo estuvo en su pasividad ante la creación de Concepción Zorrilla. La actriz, sobria, contenida, puso todo su inmenso magnetismo al servicio de un personaje sólidamente estructurado por Chejov, pero no logró dominar

—ni Larreta pudo influir al parecer para que lo lograra— su conocida tendencia a la monotonía en la emisión de un texto dramático. El reparto tuvo sus puntos más altos en Enrique Guarnero, con una sutileza de matices que jerarquizaron su composición; Claudio Solari, poniendo un elaborado juego expresivo al servicio de un personaje difícil e ingrato, Juan Jones, que supo medir los arrestos de su impulsiva y desamparada criatura con una sobriedad que no podía sospecharse luego de su violento primer acto; Martínez Mieres, elegante, de gran limpieza, de recursos y una sostenida eficacia interpretativa (es lo mejor que ha hecho en su carrera de actor); y Graciela Gelós, la deliciosa "gaviota" del título. La actriz, que comenzó con un tono demasiado fuerte para la delicada protagonista de Chejov, fue posteriormente redondeando su creación en gestos, en miradas, en silencios, para culminar en un ajustado y medido cuarto acto, en el que salvó con dignidad y entrega la descarnada escena con Jones.

—Excelente la planta escenográfica de Hugo Mazza. Lamentablemente la persistente falta de espacio que viene sufriendo nuestro periódico, no nos permite extendernos más sobre este espectáculo de indudable importancia para nuestro movimiento artístico.